

AGENDA CIUDADANA

LA SOBERANIA HAY QUE DEFENDERLA EN EL NORTE, NO EN EL SUR

Lorenzo Meyer

¿Lo que se Perdió fue Soberanía o Sólo Poder Presidencial?

El 17 de febrero, ante Fidel Velázquez -símbolo perfecto de lo que ha sido y sigue siendo nuestro sistema político-, Ernesto Zedillo anunció con rostro serio, grave, que en tan sólo en 72 horas su gobierno había logrado recuperar "la soberanía plena sobre aquellas zonas del territorio nacional donde la autoridad federal estuvo ausente por casi 14 meses" Una afirmación de tal magnitud provoca de inmediato una pregunta: ¿lo que se supone que se perdió y se volvió a recuperar allá en el sur fue realmente la soberanía?.

El concepto de soberanía -como todos los que se emplean en el lenguaje político-, tiene varias definiciones y ninguna es aceptada por todos. Norberto Bobbio y Nicola Matteucci en su *Diccionario de política* (p.1534) ofrecen esta definición de soberanía: "El poder [político] supremo, exclusivo y no derivado". Se trata, además, de un poder que deber combinar fuerza con legitimidad. Un poder que no se ejerce de acuerdo a la letra y, sobre todo, al espíritu del marco constitucional, no es realmente poder del soberano.

En la teoría democrática actual, la soberanía reside exclusivamente en el pueblo. El artículo 39 de nuestra constitución, afirma categórico: "La soberanía nacional reside esencial y originariamente en el pueblo". Es de este simple pero poderoso dogma, del que emana toda la legitimidad -o ilegitimidad- de la acción política real. El artículo 41 señala:

"El pueblo ejerce su soberanía por medio de los poderes de la Unión". Ahora bien, para que esos poderes básicos -el ejecutivo y el legislativo- encarnen efectivamente la soberanía y además puedan dar vida a un auténtico poder judicial, se deben constituir única y exclusivamente por la vía democrática, tal y como se establece en el artículo 40, que define a México como "una república representativa, democrática, federal, compuesta de Estados libres y soberanos". Si el poder se forma y ejerce por una vía no democrática, **no es el poder del soberano.**

En teoría, esta república representativa, democrática y federal que se supone es México, debe de tener como origen insustituible de su proceso político, el sufragio universal, libre, inalterado, informado y emitido en condiciones de equidad para los competidores. Y es justamente aquí donde se encuentra el problema de fondo de la soberanía mexicana y de todo nuestro ordenamiento político y jurídico: históricamente, la constitución de los poderes de la unión no se ha hecho por la vía democrática sino autoritaria y, por tanto, en la práctica, la nuestra no ha sido ni es, esa república representativa, democrática y federal, formada por estados libres y soberanos que supone la constitución. La soberanía, que reside en el pueblo, aún no logra ser encarnada por la presidencia o por el congreso ni por la gran mayoría de los gobiernos estatales y municipales. En síntesis: el poder que hoy ejercen las instituciones gubernamentales mexicanas no es aún un poder legítimo ni soberano.

Si el razonamiento anterior corresponde a la realidad, entonces lo que militarmente se recuperó en 72 horas en Chiapas

no fue la soberanía, sino algo menos grandioso y más vulgar: el control de una parte muy pequeña del territorio sustraído a la autoridad presidencial por la acción de un grupo indígena, rebelde, mal armado pero con una buena conciencia política: el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). En la práctica, lo que consiguió el ejército federal en Chiapas fue reducir el espacio vital de esos rebeldes, sólo eso.

No deja de ser paradójico que los indígenas rebeldes también invoquen a la soberanía para justificar su reto al sistema de dominación imperante. Desde su perspectiva, al haber fallado para ellos y desde siempre las supuestas instituciones democráticas nacionales, entonces la letra y, sobre todo, el espíritu del artículo 39 constitucional, les abrió la opción: "El pueblo tiene, en todo tiempo, el inalienable derecho de alterar o modificar la forma de su gobierno".

Las 72 Horas que no Cambiaron nada Sustantivo.

La recuperación del control gubernamental sobre una buena parte de lo que fue la zona neozapatista, no significa haber cambiado la esencia del problema. El EZLN es un ejército pequeño y muy mal armado; su importancia no es ni ha sido militar, sino política. Y su influencia sobre el resto de la sociedad se da en función de la percepción de ilegitimidad de un poder gubernamental sustentado en un partido de Estado, principal obstáculo para el advenimiento de la democracia mexicana.

Si Carlos Salinas no ordenó en su momento la ocupación militar de Guadalupe Tepeyac y demás pueblos en manos del EZLN, no fue porque le faltaran los medios materiales o la voluntad

para hacerlo, sino porque carecía de legitimidad para disparar sobre los indígenas. En efecto, fue el origen dudoso de su gobierno -la sucia elección de 1988- y la necesidad de no enturbiar más la atmósfera en que se habrían de llevar a cabo las elecciones del 21 de agosto de 1994, lo que le llevó a optar por sólo tender un cerco al EZLN en vez de aniquilarlo. Fue ese *impasse* el que dio un cierto sentido al famoso lema electoral zedillista de "yo voto por la paz". Fue un espacio artificial pero efectivo, similar a la estabilidad económica en que se apoyó la promesa de "bienestar para tu familia".

Si el gobierno encabezado por Ernesto Zedillo realmente fuera la encarnación de la soberanía, no tendría porque haber detenido la ofensiva militar ordenada el 9 de febrero antes de acabar con el EZLN. Un gobierno auténticamente legítimo tendría el apoyo del grueso de la sociedad mexicana para exterminar a un puñado de violadores del Estado de derecho, como se supone que son tanto los dirigentes del EZLN como todos y cada uno de sus miembros. Sin embargo, los hechos muestran que en la realidad ese no es el caso, pues en México aún no existe un Estado de derecho. Ni Salinas ni Zedillo ni el ejército, tienen el aval de un grupo sustantivo de ciudadanos para acabar una rebelión de comunidades indígenas al estilo Porfirio Díaz.

Es verdad que las elecciones de agosto de 1994 no fueron similares a las de 1988, pero también es verdad que las condiciones de la competencia no correspondieron, ni de lejos, a las de una democracia: los dados siguieron cargados en favor del partido de Estado. Mientras el poder gubernamental siga

emergiendo de un partido de Estado que ha monopolizado el control sobre los poderes de la Unión por 65 años, México seguirá siendo una democracia falsa y la soberanía popular será una teoría sin práctica.

La Soberanía que Realmente esta en Peligro.

La soberanía siempre tiene dos aspectos: el interno y el externo. Si al interior del estado nacional mexicano el problema es serio, respecto del exterior, es dramático. Hoy estamos viviendo y sufriendo una pérdida rápida y sustantiva de la capacidad del Estado mexicano para impedir que los intereses del exterior -concretamente los de Estados Unidos, el Fondo Monetario Internacional y los grandes inversores institucionales externos- se antepongan a los intereses nacionales.

La soberanía del Estado nacional frente a poderes externos es sinónimo de independencia. Es verdad que desde que surgieron los primeros estados nacionales en el siglo XV, ninguno estado ha sido enteramente independiente frente al resto. Y si tal independencia no fue posible entonces, menos lo es ahora, cuando el sistema económico global es una realidad aplastante y que obliga a todos y cada uno de los miembros de la comunidad internacional a vivir menos la independencia y más la interdependencia. Sin embargo, no hay duda que como resultado del pésimo manejo de la economía mexicana por los responsables de la conducción del país, desde Luis Echeverría hasta Ernesto Zedillo, la capacidad del Estado para hacer valer el interés nacional sobre el interés externo ha disminuido notablemente.

La medida de la debilidad o fragilidad de la soberanía externa mexicana la da el triste espectáculo de un secretario de Hacienda que, en Washington, debe ceder a las duras exigencias norteamericanas para poder recibir garantías crediticias por 20 mil millones de dólares, sin las cuales el peso -y la economía toda- simplemente no sobrevivirían. Hoy, literalmente, no hay en México ningún poder público o privado capaz de garantizar la estabilidad económica. La tasa de interés, el tipo de cambio, la política de gasto público, etcétera, se imponen desde fuera. El futuro inmediato de la economía mexicana y del bienestar de los mexicanos, se negocian en Washington en las mismas condiciones de un país que ha perdido una guerra, es decir, su soberanía.

La Verdadera Lucha por la Soberanía no es Militar.

Conscientes de la enorme vulnerabilidad de la economía y del sistema político mexicanos, así como de la legendaria irresponsabilidad y corrupción de sus autoridades, la Casa Blanca ha decidido imponer altas tasas de interés internas en México para evitar, de nuevo, la fuga masiva de los dólares que se nos van a prestar. Esto significa evitar la insolvencia frente a nuestros acreedores externos -la deuda externa pública y privada es hoy de 150 mil millones de dólares o más- por la vía de la recesión, la inflación, el desempleo y la disminución sustantiva del nivel de vida de la mayoría de los mexicanos.

En estas condiciones, el verdadero peligro para la soberanía del Estado nacional mexicano no es el EZLN -suponer lo contrario es ridículo o mala fe-, sino la incapacidad del gobierno mexicano para negociar con Estados Unidos y el Fondo Monetario

Internacional -que casi son lo mismo- condiciones menos lesivas para pagar la enorme hipoteca que nos lego el salinismo. El triunfo político-militar de Ernesto Zedillo en Guadalupe Tepeyac, el Ejido Morelia o en la fantasmagórica Aguascalientes, significó la recuperación de una falsa soberanía. El frente de batalla por la verdadera soberanía -la que nos afecta directamente a casi todos los mexicanos-, no estaba en Chiapas sino en Washington, y ahí la batalla se perdió en toda la línea.

El nacionalismo mexicano -del que hoy no queda más que el recuerdo-, llegó a tener una base relativamente sólida cuando la dirigencia política supo y pudo incorporar por primera vez en nuestra historia a las masas indígenas y populares al proyecto nacional. Lo deseable sería revitalizar ese nacionalismo para presentar un frente unido y coherente, en apoyo de un proyecto económico que no sea el que hoy nos han impuesto: recesión y rendición periódica de cuentas a Estados Unidos. Ahora bien, es difícil imaginar, aunque no es imposible, que la actual dirigencia política mexicana sea capaz de poner en marcha, tamaña empresa. En cualquier caso, que quede claro que el enemigo del interés nacional mexicano no es el EZLN -cuya lucha no es más que una reacción a una injustificable marginación económica, social y política, sin salida- sino la incapacidad de la élite política del partido de Estado para impedir que las prioridades externas se impongan sobre las del conjunto social en el que reside la soberanía mexicana.